



IV Sección
Humanismo: visiones diversas

El espacio urbano como palestra para el pensamiento crítico

Marcela Otárola Guevara
Universidad Nacional de Costa Rica, Costa Rica
zaida.otarola.guevara@una.cr
<https://orcid.org/0000-0003-0627-4275>

Recibido: 31 de agosto de 2019

Aceptado: 2 de octubre de 2019

Resumen: Este ensayo presenta una reflexión sobre el uso, cada vez más frecuente, del espacio urbano como mecanismo para fortalecer y perpetuar el neoliberalismo en la cosmovisión del individuo. Se alude al Dr. Franz Hinkelammert como principal referente teórico del pensamiento crítico, quien, de forma aguda, ha desentrañado y expuesto a la doctrina neoliberal al estudiar sus múltiples manifestaciones. De ella se destacan los principales aspectos que dirimen el ordenamiento territorial costarricense, se identifican sus autores y correspondientes afanes y prácticas. Finalmente, se elucida la necesidad de incorporar la arquitectura dentro de la visión humanista, como disciplina emancipatoria que contribuya con la recuperación del ser humano sojuzgado por el mercado, deidad liberal del siglo presente.

Palabras clave: pensamiento crítico, neoliberalismo, urbanismo, emancipación.

The urban space as a forum for critical thinking

Abstract: this essay presents a reflection on the increasingly frequent use of urban space as a mechanism to strengthen and perpetuate neoliberalism in the individual's worldview. Dr. Franz Hinkelammert is referred to as the main theoretical reference of critical thinking who, in an acute way, has unraveled and exposed to neoliberal doctrine, when studying its multiple manifestations. From this doctrine, it highlights the main aspects that settle the Costa Rican territorial planning, its authors and corresponding goals and practices are identified. Finally, the need to incorporate architecture into the humanistic vision is elucidated, as an



emancipatory discipline that contributes to the recovery of the human being subjugated by the market, liberal deity of the present century.

Keywords: critical thinking, neoliberalism, urbanism, emancipation.

Breve itinerario

El espacio urbano es una convergencia, acoge múltiples actos, interacciones, vínculos y, también, pensamientos y visiones que, en conjunto, dan forma material a las ciudades. A partir de esta premisa, se expone una mirada hacia la urbe desde el pensamiento crítico como una visión alternativa de estudio; se plantea un abordaje que abre un amplio campo de investigación, del cual, en este escrito, apenas se esbozan algunas líneas.

Se toman como punto de partida las formulaciones expresadas por el Dr. Franz Hinkelammert acerca de la incidencia del neoliberalismo en la humanidad, ideas que promueven la indagación de temas relacionados con la institución del individuo como ser, debido a que esa doctrina logra ser efectiva cuando penetra en los rincones más íntimos del sujeto. Por tal razón, y para aprovechar los aportes del Dr. Hinkelammert, este trabajo inicia con una descripción que amplía la noción del neoliberalismo como dogma con la finalidad de comprender su lógica y desempeño.

En un segundo apartado, la inquietud por visualizar cómo opera dicho dogma, y el interés de aplicarlo a la disciplina arquitectónica, condujo a tomar algunos ejemplos urbanos para interpretar la injerencia del mercado en el ordenamiento territorial y así, de forma tangible, vislumbrar su huella en la sociedad.

Posteriormente, al considerar la contundente necesidad de revertir procesos de individualización que atentan contra la integridad humana, se expone una deliberación final para contrarrestar el avance pernicioso de un sistema de creencias orientado a la supresión de la libertad de la persona.



La religión neoliberal

El pensamiento crítico lleva a la observación de las marcas causadas por el adoctrinamiento del neoliberalismo en el ser humano porque este credo, el cual trasciende la disciplina económica, socava la libertad del individuo y le impide realizarse plenamente como sujeto al instaurar en su cosmovisión al mercado como dios soberano terrestre (Hinkelammert, 2017, p.22). De este modo, hace presa de mecanismos de subordinación a la persona y la condena a una subsistencia y reproducción consecuentes con un afán de maximización del capital, peculio concentrado en pocas manos.

Dicha premisa se desprende de lo discernido en las reflexiones planteadas por el teólogo y economista Franz Hinkelammert (propulsor del pensamiento crítico), las cuales contienen una crítica a la religión neoliberal del mercado y los derechos humanos, e incitan, a la vez, a una emancipación que otorgue el carácter humano a la mujer y al hombre, desafío expresado de forma concisa en su afirmación: “Emancipación es humanización, humanización desemboca en emancipación” (2007, p.278).

La búsqueda de la humanización del individuo es necesaria para contrarrestar la teologización de las relaciones mercantiles que han dado como resultado la divinización del mercado, pues este se ha transformado en fetiche, es decir, en una figura de culto con poderes sobrehumanos y la potestad de gobernar. Ante este panorama, Hinkelammert (2017), basado en los escritos de Karl Marx, proclama “[...] el ser humano es el ser supremo para el ser humano [...]” (p.63) para recuperar la humanidad de la persona en una sociedad donde prevalece el neoliberalismo, doctrina que, según el autor en cuestión, se ha propagado mediante estrategias de globalización instituidas por líderes políticos de Washington D.C., Estados Unidos (2017, p.47). Entre estas prácticas sobresalen, dado su impacto en América Latina, las derivadas de la llamada *Declaración de Santa Fe*, documento elaborado por el expresidente Ronald



Reagan en la década de 1980 para legitimar el poder estadounidense en la región y contener el avance del comunismo.

La globalización, entonces, se ha encargado de difundir el neoliberalismo como una nueva religión, dinámica explicada por el sociólogo Miguel Ángel Contreras Natera (2015) quien en su texto *Crítica a la razón neoliberal. Del neoliberalismo al posliberalismo*, define el término como “una estrategia hegemónica para la construcción de una globalización económica” (p.15) para implantar un pensamiento único en el sistema capitalista.

En este escrito, interesa retomar la exégesis de Contreras (2015) acerca del neoliberalismo para comprender su forma de operar. Inicia con una descripción del neoliberalismo enfocado en la libertad individual como principio rector de la vida política y económica (p.31); y, de seguido, expone al hombre como un fin en sí mismo, llamado a satisfacer sus intereses personales sin ninguna coacción. Dicha premisa la ilustra cuando cita al economista liberal Friedrich Hayek, quien en su libro *Camino de servidumbre* concibe al individuo del siguiente modo:

El individualista concluye que debe dejarse a cada individuo, dentro de los límites definidos, seguir sus propios valores y preferencias antes que los de otro cualquiera, que el sistema de fines del individuo debe ser supremo dentro de estas esferas y no estar sujeto al dictado de los demás. (Contreras, 2015, p.44)

Se plantea, entonces, una visión atomista del ser humano fundamental en la acción neoliberal que incide en la realidad social (ámbito donde las personas tienen conciencia de su existencia individual y colectiva), pues la configura como una suma de sujetos aislados, quienes interactúan realizando actividades mercantiles pactadas en un contrato, convención que excluye aquellos actos motivados por “valores societales compartidos” (Contreras, 2015, p.49) de naturaleza ajena a la económica.

Según explica Contreras (2015), tal individuo atiende sus propios deseos y para ello, de acuerdo a los preceptos neoliberales, debe contar con la libertad



como valor supremo para actuar y disponer de sus recursos sin controles externos a él (p.56). Así, el hombre o la mujer libre trabaja para alcanzar sus propósitos sin someterse a la voluntad de otros (Contreras, 2015, p.57) y, en esta condición, rechaza cualquier modelo de organización social colectiva o de planificación económica; formas consideradas antagónicas, pues distorsionan el mercado, lugar esencial donde se reemplaza la ética humana por sus valores sustanciales: el respeto a la propiedad privada y el cumplimiento de los contratos (Contreras, 2015, p.70).

El mercado neoliberal es espacio relacional que “[...] se mueve gracias a las preferencias libres de los sujetos y carece de coacción” (Contreras, 2015, p.65). En él confluyen conocimientos, deseos, intereses, predilecciones y expectativas humanas, situación aprovechada por los neoliberales para dictar un orden de lo posible a través de la proyección de estilos de vida sustentados en un valor de cambio predominante sobre relaciones humanas de confraternidad (Contreras, 2015, p.74).

De lo expuesto anteriormente, se infiere que las vinculaciones neoliberales son mercantiles y, por ello, el individuo se coloca al servicio de un mercado generador de capital y no a la inversa. De no modificarse tal relación, advierte Hinkelammert (2017), el desempeño humano egoísta debilitará el tejido social y destruirá la sociedad (p.63).

A manera de síntesis, se define el neoliberalismo como un corpus de creencias articuladas en torno a tres puntos medulares: el sujeto como ser monádico, el mercado como ámbito de lo posible y la libertad como no coacción; enfocado en la construcción de una sociedad individualista donde prima una ética legitimadora del capitalismo como posibilidad de vida. Para perpetuar este propósito desiguala a quienes no reconocen al dios único-trinitario de la modernidad (Hinkelammert, 2017, p.23) y opera fragmentando, segregando e impidiendo la cohesión de las personas, porque asume como amenaza cualquier propuesta de organización gregaria.



Los escenarios del dios mercado

A continuación, interesa visualizar los espacios relacionales donde ha acontecido el cambio en la concepción humana procedente de la modernidad, y son las ciudades los escenarios donde se revela con mayor claridad el socavamiento, por parte del neoliberalismo, de principios vitales para el individuo. Sea en lo perceptible al sentido de la vista, como mensajes publicitarios en vallas, o en lo intangible que condiciona la actividad urbana del sujeto, como la normativa ordenadora del territorio, en el paisaje urbano se distinguen los preceptos de mercado que constriñen la autonomía del individuo.

En las últimas décadas, el capitalismo se ha expandido agresivamente y por eso los espacios de consumo han proliferado: a través de ellos se incrementa la riqueza de quienes son los dueños de los medios que la generan. Estos grupos de poder dominan la naturaleza y el trabajo humano para producir mercancías, y, al maximizar sus recursos, también producen subjetividades (Bautista, 2013, p.243), porque es cambiando la conciencia del hombre como pretenden controlarlo de acuerdo a sus intereses.

El espacio urbano es un sitio donde el mercado modifica la cosmovisión del ser humano y recurre al encubrimiento (Bautista, 2013, p.264) como estrategia exaltadora de la apariencia y legitimadora de lo que es, negando simultáneamente la esencia del ser (lo que *no-es*). El filósofo Juan José Bautista (2013), al citar y analizar a Hinkelammert en su deliberación sobre la dialéctica, interpreta esa relación de lo que es y lo que *no-es* como fundamento de una realidad encubridora de una condición invertida: la persona vive como realidad *la realidad aparente*, pero no vive *la realidad real* (p.265), razón por la cual se infiere que la experiencia humana acontece en una especie de ficción no correspondiente con las circunstancias existentes.

El mercado toma la urbe para proyectar tal ficción y crea espacios de deseo e instauración de pensamiento único apelando a las necesidades y expectativas de las mujeres y de los hombres. Para explicar esta aseveración, es necesario





retomar los preceptos de la psicología neoliberal que inciden en el conocimiento y que fueron enunciados por Contreras (2015): el deseo, la razón y el conocimiento.

Tales pautas establecen que el ser humano sigue un anhelo inducido por sus apetitos (el deseo), despliega su entendimiento a los objetos que satisfacen ese apetito (la razón) y el discernimiento le permite apropiarlos e instrumentalizarlos (el conocimiento) (Contreras, 2015, p.75).

Al hacer acopio de tales premisas, la hegemonía del mercado instituye un criterio único con el cual domina el pensamiento del individuo, acto denunciado por Hinkelammert (2017) cuando expresa: “[...] el mercado es el ser supremo para el ser humano. El mercado decide sobre la vida y muerte” (p.25). De este modo, el mercado asume un lugar privilegiado y toda relación social se le supedita. Sus mandatos son irrefutables, pues dictan criterio de verdad, por lo que quien los cuestione y contradiga estará emitiendo falsedades y deberá ser sancionado; posición que fortalece un pensamiento universal y limita la libertad de opinión y de disentir.

En términos de espacio, esta lógica se revela en la fragmentación de la morfología urbana de las ciudades capitalistas. En ellas el espacio privado - entendido como el territorio vedado a la comunidad- ha crecido y la estimación de la tierra yace en su valor de cambio más que en su valor de uso, y así promueve una especulación inmobiliaria que incentiva el consumo de mercancías al representar un mundo ideal (propio de la realidad aparente anteriormente señalada).

La construcción de un mundo idealizado alude a la representación de un estilo de vida donde prima el dispendio perpetuo y convergen dos condiciones: lo finito e infinito; las cuales refieren a la dicotomía de las necesidades infinitas versus los recursos limitados, y al conocimiento que hace el hombre de lo infinito a partir de su naturaleza finita.

En el siglo XXI, el crecimiento demográfico aumentó y ha densificado centros urbanos, pues estos presentan mejores entornos para la reproducción y la



autorrealización humana. Ante tal situación, grupos de poder económico han vislumbrado la alta demanda de vivienda, de modo que, al considerar la tierra como una mercancía, y con el ánimo de obtener un mayor usufructo, la ofrecen con una serie de atractivos para crear necesidades que sobrepasan las básicas de cobijo: se adicionan amenidades para exacerbar el hedonismo (jardines, piscinas, ranchos de *BBQ*, canchas deportivas, terrazas y *lounge bar*) y conferir un estatus social que apela al ego.

El goce de adquirir una propiedad privada inculca un consumo infinito, porque la persona deseará saciar sus nuevas carestías, es decir, aquellas relacionadas con el reconocimiento social y la complacencia, motivo por el cual el individuo deberá concentrar y optimizar toda su energía en el trabajo para tener mayores ingresos y así satisfacerlas.

El ser humano, inmerso en un proceso de consumo infinito y consciente de sus restricciones materiales, reconoce los límites de lo posible y busca trascenderlos, pues ha internalizado que la búsqueda de lo infinito define su horizonte de posibilidad de vida. Así, comete un suicidio social: muere a toda forma de interacción no regida por el mercado, o bien, se transforma en un colaborador con *instinto asesino*, figura mencionada por Hinkelammert (2017) en sus discusiones para referirse a las personas, quienes, con su praxis, enaltecen e impulsan la religión del neoliberalismo (p.44).

Los acólitos del neoliberalismo se someten a sacrificios humanos y en ellos dejan la vida para impulsar la fertilidad, metáfora enunciada por Hinkelammert (2017) para denunciar la explotación del individuo que reditúa en el patrimonio de la clase hegemónica (p.36). Esta situación tiene implícito el deseo implantado de tener una propiedad, porque la posesión brinda derechos y garantiza la vida; razón por la cual se forja un “hombre económico, apropiador o consumidor” (Contreras, 2015, p.49).

Esta persona dispendiosa vive bajo un imperativo del rendimiento, noción desarrollada por el filósofo Byung-Chul Han (2012) para describir un nuevo





mandato social, preponderante en la sociedad capitalista y en el modelo de vida humano, el cual retrata a continuación:

Con el fin de aumentar la productividad se sustituye el paradigma disciplinario por el de rendimiento, por el esquema positivo del poder hacer (*Können*), pues a partir de un nivel determinado de producción, la negatividad de la prohibición tiene un efecto bloqueante e impide un crecimiento ulterior. La positividad del poder es mucho más eficiente que la negatividad del deber. De este modo, el inconsciente social pasa del deber al poder. (p.27)

El sujeto del rendimiento (Han, 2012, p.25) deja de actuar (producir) por obligación y lo hace motivado porque quiere y convencido de que puede (creencia instaurada por la psicología neoliberal), de manera que se somete a un régimen de autoexplotación, donde la exigencia no es externa sino interna, estado que Han denomina una libertad paradójica (p.32): el individuo, creyéndose soberano, actúa explotándose a sí mismo para satisfacer sus necesidades, privaciones creadas e implantadas en él por otros.

El desgaste al que es sometido lo sumerge en una depresión y pierde el “don de la escucha” (Han, 2012, p.36), es decir, malogra su capacidad de asombro ante sí y el entorno, porque la hiperactividad que le consume desecha la contemplación como actividad periódica y sustancial: la considera una pérdida de tiempo (Han, 2012, p.37). Entonces, como un ser extenuado y desarraigado, es un adepto óptimo para la religión neoliberal. Sin una red social de contención para atenuar las exigencias del ambiente y restablecer su humanidad, el individuo, solo y cansado, encuentra su pertenencia en aquello que da un sentido diligente a su cada vez más indolente existencia: el mercado.

Consecuentemente con el imperativo del rendimiento, Han (2012) señala a los gimnasios, torres de oficinas, bancos, centros comerciales y laboratorios



genéticos como tipologías edilicias de gran relevancia, porque son sitios donde se desempeña el sujeto del rendimiento; situación apreciable en localidades costarricenses donde conviven consumidores con mayores recursos financieros.

El uso mixto del suelo (categoría empleada en los planes reguladores) facilita la proliferación de esas tipologías y las articula entre sí. Por mencionar un ejemplo, cada vez son más habituales los llamados oficentros: edificios de oficinas que albergan empresas, varias de ellas dedicadas a la venta de servicios, que tienen un área comercial donde se mercantilizan diversos productos (tangibles e intangibles) afines a la población usuaria del inmueble.

En los últimos años, con una lógica de agrupación similar a la descrita, proyectos habitacionales en condominio (régimen de propiedad privada – residencial o comercial- donde los bienes son compartidos por un grupo limitado de propietarios) contienen o se ubican cerca de espacios de consumo y han creado polos de crecimiento urbano, como ocurrió en el sector oeste de la provincia de San José con el desarrollo inmobiliario alrededor del centro comercial Multiplaza, en Guachipelín de Escazú.

En ese sitio, otrora comunidad agrícola rural, la edificación de un *mall* junto a un hotel de lujo generó un cambio en las actividades socioeconómicas de la zona y atrajo inversionistas inmobiliarios, quienes originaron un nuevo nodo habitacional-comercial de aspecto ciudadano. Este nuevo asentamiento fue concebido como un lugar ideal para el consumo y, por esta razón, fue modelado siguiendo el precepto neoliberal que coloca al mundo donde yace el mercado como “el mejor posible de todos los mundos económicos” (Hinkelammert, 2017, p.45); juicio que explica la mutación de un asentamiento campesino periférico a un centro de producción para el mercado.

Contrario al sujeto previamente descrito está el ser no-consumidor, quien es rechazado por el mercado porque es considerado un “consumidor fallido” (Bauman, 2007, p.168), o sea, un individuo inútil en las transacciones mercantiles e innecesario que debe ser invisibilizado por su incapacidad. Espacialmente, este



criterio tiene una fuerte resonancia en el ordenamiento del territorio y se evidencia en la construcción de asentamientos reproductores de patrones segregados de ciudad que alejan y *encapsulan* zonas urbano-marginales, distribuyen de forma desigual los servicios públicos y centralizan la infraestructura urbana e institucional.

Quienes son víctimas de esta inequidad urbana, por lo general, viven en condición de fragilidad social y son estigmatizados como una amenaza en la cosmovisión neoliberal: para el mercado son una carga económica, pues demandan recursos para su sobrevivencia y no retribuyen el gasto que generan, y, por otra parte, para los consumidores son desposeídos dispuestos a cometer delitos (como atentar contra la propiedad privada) para subsistir.

Ante el dios mercado, estas comunidades no deberían existir por cuanto no son capaces de abastecerse a sí mismas: el proceso de autorregulación que armoniza el mercado las conduciría a la muerte, porque se les negaría cualquier tipo de asistencia social y, así, se cumpliría uno de los mandatos esgrimidos por Adam Smith y citado por Hinkelammert en su explicación acerca del papel rector del mercado: “[...] nunca sobrevive alguna población que en el mercado resulte sobrante” (2017, p.26).

Si bien todavía los procesos de autorregulación mercantiles para desaparecer asentamientos, al menos en Costa Rica, no se basan en el hambre y la enfermedad (Hinkelammert, 2017, p. 25), la degradación del entorno urbano funciona para tal fin y se manifiesta en la gentrificación acontecida en el sector noroeste del Cantón Central de la provincia josefina (en el Paseo Colón y alrededores de la Sabana), por mencionar un caso.

La gentrificación, proceso de transformación espacial, constituye una estrategia de apropiación de la tierra que empieza con una estigmatización de la zona donde se ubica un terreno para rebajar su plusvalía. Una vez obtenida esta depreciación, los propietarios de los inmuebles devaluados ceden ante la presión comercial de compradores, quienes adquieren las propiedades para desarrollar



proyectos inmobiliarios. Concluidos estos, se encarecen los bienes y servicios del lugar y se expulsan a los que no pueden afrontar los nuevos costos.

En el Cantón Central de San José, nuevas torres de condominios construidas para personas de alto poder adquisitivo fueron edificadas en zonas residenciales populares con vocación barrial. Tales zonas fueron señaladas como inseguras (vulnerables al hampa) y, aunado al aumento del tránsito en la capital, se le consignó como un lugar poco comfortable para vivir, argumentos que depreciaron terrenos y luego fueron comprados por empresas inmobiliarias.

Con este hecho particular, se ilustra una manera de excluir a los consumidores fallidos, pero se revela, a la vez, una nueva lesión a los derechos humanos: la negación a los individuos para decidir sobre la ciudad, experimentarla y así devenir en seres sociales.

Cualquier indicio de socialización o de intención de organización colectiva es percibido como un gesto emancipatorio amenazante contra el espíritu individualista impulsado por el neoliberalismo, de allí que los espacios urbanos (sitios tradicionalmente de encuentro) cada vez son menos o empiezan a caer en desuso ante la proliferación intencional de espacios lúdicos de carácter privado que entrañan la mercantilización de las relaciones humanas.

De este modo, el derecho a la ciudad, que Henri Lefebvre (1968) acuñó para definir el derecho del ciudadano a intervenir en la conformación de su espacio relacional social inmediato (p.138), es anulado porque domina el derecho del ciudadano neoliberal, quien debe disponer libremente de sí mismo y de sus bienes, sin injerencias ni vinculaciones.

¿Quiénes lesionan el derecho a la ciudad como derecho humano? La pregunta es necesaria hacerla porque el mercado no lo dirige un *hegemonía* único, no hay una entidad monolítica, sino un grupo de sectores económicos compartiendo un fin, el consumo para incrementar la riqueza; por el cual anulan cualquier amago de liberación. Su *modus operandi* alude a la banda de ladrones y a su ética, noción formulada por Hinkelammert a partir del estudio de Platón, para



identificar a quienes sustraen los bienes de otros, pero que no se perjudican entre sí porque “tienen que asegurarse el sustento de su vida” y, si entre ellos se roban, “¿cómo van a poder robar y quitar la comida a otros?” (Hinkelammert, 1998, p.304).

De acuerdo a lo planteado por este autor y repasando la disquisición de Contreras sobre el neoliberalismo, se interpreta que los ladrones aludidos son, actualmente, usurpadores del trabajo del ser humano: se benefician de su productividad y de todos los recursos invertidos en él para satisfacer sus necesidades (Contreras, 2015, p.15).

La ética de esta agrupación se pacta bajo diversos nombres como *join venture* (proyecto conjunto), *partnership* (asociación comercial) o alianzas estratégicas; y, amparados por un marco legal, formalizan un contrato que especifica los beneficios mutuos. Por otra parte, en una escala mayor, logran acuerdos formando gremios o cámaras (Cámara de la Construcción, Cámara de Industriales, Cámara de Comercio, por citar unos nombres) y, de esta forma, negocian con bandos que tienen injerencia en su campo de acción, como los gobiernos locales o el gobierno nacional.

En el sector inmobiliario, por lo general son varios los bandos que participan en la mercantilización de la tierra: una institución bancaria provee el dinero, una empresa desarrolladora concibe y comercializa el proyecto, una firma consultora le diseña un modelo idealizado mientras que una compañía constructora la materializa. Todos ellos tratan con una contraparte estatal reguladora, la cual representa a las instituciones gubernamentales garantes del buen uso del suelo y de la correcta edificación. No obstante, en nuestro país, la intervención de estas entidades es insuficiente para enfrentar el crecimiento desmedido de la construcción comercial y residencial, porque se apoya en una legislación obsoleta que no atiende las nuevas demandas en el ordenamiento territorial.

Conocedoras de esta debilidad estatal, las empresas inmobiliarias dirimen el crecimiento de las ciudades y concentran sus actividades en la reproducción de



espacios de consumo y, así, excluyen cualquier iniciativa que les contravenga y niegan el derecho a disponer sobre la ciudad a agentes disconformes con sus propósitos y con su ética; ética de ladrones y predominante como única posibilidad de acción humana.

Reflexión final

El análisis del desempeño del neoliberalismo como una religión que lesiona la libertad humana brinda insumos para crear propuestas acordes con el humanismo de la praxis de Hinkelammert (2017), propuesta centrada en la reivindicación antes citada: “el ser humano como ser supremo para el ser humano” y complementada con la afirmación “El mercado es para el ser humano, y no el ser humano para el mercado” (p.63).

En el ámbito arquitectónico, el urbanismo como disciplina que estudia las ciudades debe contemplar, incorporar y fortalecer las indagaciones en el campo de las humanidades para comprender las razones por las cuales el ser humano se instituye a sí mismo y modifica su entorno. La búsqueda de una aplicabilidad en la arquitectura procede del estudio de las reflexiones aprehendidas en conferencias dictadas por el Dr. Franz Hinkelammert y también de la lectura de algunos de sus textos.

El espacio urbano es palestra para la modelización de la cosmovisión humana, por esto el neoliberalismo desea acapararla para así reproducir sus creencias, además de fragmentar y jerarquizar las relaciones humanas para sojuzgar al individuo. Pero, por otra parte, este sitio es también lugar de resistencia y se evidencia en la toma de las vías públicas para denunciar imposiciones excluyentes que afectan a algunos sectores de la sociedad civil, situación que muestra la existencia de opiniones divergentes a un pensamiento único y que son importantes de acopiar para forjar un pensamiento crítico que estimula al individuo a obtener su libertad.



En ese sentido, también la urbe se presenta como un escenario donde se aboga por una praxis del humanismo como alternativa para alcanzar esa libertad y, de esta forma, evitar el asesinato-suicidio al que conmina el neoliberalismo al socavar las fuentes de riqueza establecidas por Marx: la tierra y el trabajador (Hinkelammert, 2017, p.64). La libertad es entendida, entonces, como una emancipación del pensamiento frente a la autoridad del dogma, es la conciencia que lleva a romper con el seguimiento automático de una ideología basada en la explotación hasta la muerte, porque quien vive bajo la libertad de la paradoja que señala Han (2012) comete suicidio y con un accionar extractivo basado en consumir, acumular y desechar se aniquila los recursos de la naturaleza que posibilita la vida humana.

Con dicha emancipación se pretende la recuperación del sujeto (Hinkelammert y Mora, 2009) secuestrado por el individualismo impuesto por la modernidad, la reversión de la irracionalidad de lo racionalizado expuesto en la naturalización de expoliaciones y aniquilaciones justificadas por una ética que antepone la riqueza sobre el ser; y la redención del asombro sobre el *Ser-Así* de las cosas (Han, 2012, p.37) que devela la realidad real mencionada por Juan José Bautista (2013).

Finalmente, tal y como lo plantean Franz Hinkelammert y Henry Mora (2009) “[...] no puede construirse una nueva sociedad sin imaginarla [...]” (, p.29), máxima preponderante a considerar antes de construir ciudad, porque ello definirá el tipo de comunidad que comportará una urbe: ¿será una sociedad atomizada con individuos *desgastados* o *fallidos* condenados a muerte por diferentes medios, o será otra más solidaria en la cual el ser humano logre su realización sin ser víctima del despojo?

La respuesta amerita un proceso colectivo de diálogo y consenso para generar intervención, acción que contradice la libre regulación del mercado planteada por el neoliberalismo; pero es una tarea a asumir e impulsar por todos,



no sin antes repensar nuestra posición dentro de una sociedad donde lo mercantil ha sido sacralizado.

Referencias bibliográficas

Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Bautista, J. J. (2013). *Hacia una crítica-ética de la racionalidad moderna*. La Paz: Rincón Ediciones.

Contreras, M.A. (2015). *Crítica a la razón neoliberal. Del neoliberalismo al posliberalismo*. Ciudad de México: Akal Editorial.

Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

Hinkelammert, F. (1998). *El sujeto y la ley: el retorno del sujeto reprimido*. Heredia: EUNA.

_____. (2007). *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad. Materiales para la discusión*. San José: Arlekin.

_____. (2017). *La religión neoliberal del mercado y los derechos humano*. San José: Arlekin.

Hinkelammert, F. y Mora, H. (2009). *Hacia una economía para la vida. Preludio a una reconstrucción de la economía*. Recuperado de <http://coleccion.uca.edu.sv/franz-hinkelammert/items/show/4676>. [Consulta 3 oct. 2019]

Lefebvre, H. (1968). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Ediciones Península.

